



Una estadística anual sobre las bondades de nuestro clima, podría rendir al turismo su más alto servicio

OTOÑAL

por L. D'Andraitx

En la arboleda vecina al jardín desierto, se pasea, impune, el viento; y los árboles sacuden el cascabel de sus hojas secas. Allá, a lo lejos, el río canta sus canciones nuevas; que el agua quizá susurre constancias en temas viejos y eternos, pero el platanal vestido de verde o cobrizo o desnudo devuelve ecos distintos a los murmullos del agua, siempre río, devenir, corriente...

Alfombra de hojas. Las pisadas crujen. Algo duele. ¡No, no mirar al suelo! Los árboles son altos, muy altos. Entre su cabellera escasa asoma el cielo. Y es azul como siempre. Pero no son azules ya las mariposas, ni blancas, ni rojas, ni vivas. Mariposas pardas de otoño vuelan muertas ya; alas rotas; hojas que caen.

¡Cuántas...! Quisiera ser gigante. Gigantes mis manos, para cogerlas todas, para guardarlas todas. Pero sólo una cupo en mi palma extendida, mi pequeña palma de pigmeo. No rozó ni tan siquiera el suelo, no se mezcló con la muerte.

Voy a guardarla. ¿Para qué? ¿Y en recuerdo de qué? ¿Símbolo de un pensamiento, de un deseo, talismán de una nostalgia, mentís a lo eterno?

¡Quién sabe...! En lo más sencillo comienza lo complejo.

Joya, mariposa, pan de oro... Terciopelo verde trocése en bronce. Peregrinaje, rumbo, noria... Pájaro, hoja, cuenco, ala, promesa, banderín...

No ha rozado el suelo, no se mezcló con la muerte. Seguirá ella volando, que no cayó. No sabrá de inviernos, no vivirá fríos ni pisadas, no danzará al viento mentido baile de carnaval. Conservará la magia del veranillo rojo, del cobre y oro del platanal y el miedo al cierzo de la arboleda, el eco del agua y su suave rugir.

Arrecia el viento. Caen las hojas; alas heridas, plumas. La tierra viste manto fugaz. Caen las hojas, pardas ma-

Este año los turistas se han quedado entre nosotros hasta fines de octubre. Una vez más el otoño se ha mostrado benigno y, sobretudo, soleado. Ha sido de verdad el más auténtico remache a nuestra fama de ciudad turística, cuyo nombre, pese a todos los pesares, va cotizándose en alza por el mundo a cada año que pasa.

Hogaño, la temporada que, bien o mal, empezó en abril, aguantó con firmeza y pulso hasta el treinta de octubre. Siete meses de concurrencia extranjera que en ciertos días y momentos nos dieron tono y elegancia de ciudad cosmopolita.

Cuan lejos y ridículas no van a parecerse ahora las temporadas veraniegas de los años treinta y cuarenta. Cinco semanas, justitas y cabales, que es el tiempo que nos lleva de San Jaime a Santa Rosa. Treinta y cinco días, cuarenta a lo más, son realmente una carrera relámpago que forma eslabón a un nuevo duelo entre Fangio y Ascari.

Por contra, los siete meses actuales son hoy para la gran rama de nuestra actividad comercial y hotelera la más esplendorosa realidad que nunca pudimos soñar los guixolenses. En una palabra: Un auténtico «Siglo del Turismo» parecido a lo que, en otro orden, pudo ser la «Edad de Oro» de nuestras Letras.

¿Es eso ya todo? Ni muchísimo menos. Es tanto, tantísimo todavía lo que falta por hacer, que uno se avergüenza al constatar que existen ya quienes pueden del presente sentirse plenamente satisfechos.

Nuestra meta cae, y es preciso que así se entienda, mucho más lejos. Y ello, es tanto un deber cara a la ciudad, como un acierto realmente rentable e ideal ante la propia conveniencia.

Podemos albergar turistas en la ciudad siete, ocho, nueve y hasta diez meses. No decimos que en marzo y noviembre, ni tampoco en abril ni octubre, podemos reunir una concurrencia tan numerosa como en los meses de pleno estiaje. Pero sí que, organizando bien la cosa, es dable esperar que en los meses más problemáticos lograríamos un contingente parecido al que deambuló por nuestras calles y comercios en el mes que acaba de expirar.

Varias son las cosas que para ello se

riposas sin hambre de flores, sin aliento. Caen las hojas; besan la tierra. El viento juega la más cruel ficción: las hojas bailan.

¡No; no mirar al suelo! El caminante despierta gri-

tos; alas que lloran en su crujir. Silente el río, azul el cielo. Altos, muy altos los árboles.

Me gana el ritmo de la tristeza. Hojas que caen. Nostalgia. Fin.

precisan. Pero ante todo falta un servicio sin el cual no es posible intentar nada. Y con ello nos referimos al servicio encargado de recoger las temperaturas diarias de cabo a rabo del año, días y horas (de sol, días de lluvia nubosos, vientos, humedad, etc. etc.

He ahí por donde un simple aficionado a la estadística podría rendir al turismo un importante y señalado servicio.

Sin esta base resulta imposible emprender la menor campaña. Y sería entonces como, a la vista de unos datos ciertos y concretos, veríamos hasta donde alcanza la benignidad de nuestro clima que, dicho sea de paso, no es igual en los cien kilómetros que alcanza la Costa Brava.

¿Saldrá, espontánea, la persona que con verdadera vocación quiera imponerse este servicio? No cabe duda que mucho mejor así sería. De lo contrario, tendremos que aspirar o esperar que la administración municipal quiera encargarse de tan importante cometido.

De uno o de otro esperamos su palabra. Que el servicio urge y conviene mucho más que un cartel de propaganda.

RODIN.

UN CHISTE CADA SEMANA



TENORIOS DE SALÓN

—Perdone. ¿El tocador de señoras?
—Está V. hablando con él, señorita.

PRESENTADO POR
GUBIAS Y TUBOS
BELLVEHÍ

ancora